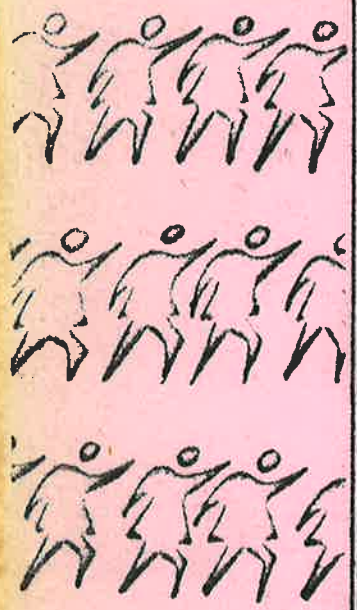
I
396

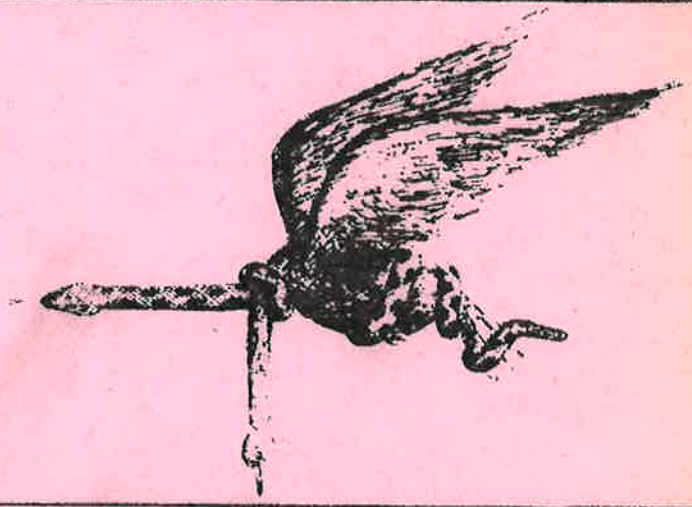


METAPSICOLOGIA

• INCONSCIENTE

• INSTINTOS

Documento n 3



Grupos de Trabajo de
Psicologia Critica

METAPSICOLOGIA
Lo inconsciente en el psicoanálisis
Los instintos y sus destinos

S. FREUD

Reunidos bajo el título de "Metapsicología, recogemos en este "Documento dos trabajos de S. Freud aparecidos aisladamente entre 1913 y 1917 en la Internationaler Zeitschrift für Psychoanalyse.

El concepto de lo inconsciente

Quisiera exponer en pocas palabras y lo más claramente posible que sentido entraña en el psicoanálisis -y sólo en el psicoanálisis- la expresión "inconsciente". Una representación -o cualquier otro elemento psíquico- puede hallarse ahora presente en mi conciencia, desaparecer de ella en el momento inmediato y emerger de nuevo, sin modificación alguna, después de un intervalo; más no como consecuencia de una nueva percepción sensorial, sino del recuerdo, según la expresión corriente. Para explicarnos este hecho nos vemos obligados a suponer que también durante el intervalo hubo de hallarse tal representación presente en nuestro espíritu, aunque permanecía latente en la conciencia. Lo que no podemos en modo alguno representarnos es la forma en que

existía, mientras se hallaba presente en la vida psíquica y latente en la conciencia.

Sale aquí a nuestro encuentro la hipótesis filosófica de que la representación latente no existió como objeto de la psicología, sino tan sólo como disposición física a la repetición del mismo fenómeno psíquico; esto es, de la representación de que se trate. Pero tal teoría, a más de traspasar los límites de la psicología propiamente dicha, no hace sino eludir el problema sosteniendo que "consciente" y "psíquico" son conceptos idénticos, e incurre evidentemente en error al negar a la Psicología el derecho a explicar con sus propios medios auxiliares uno de sus hechos más corrientes.

Llamaremos, pues, "consciente" a la representación que se halla presente en nuestra conciencia y es objeto de nuestra percepción, y éste será, por ahora, el único y estricto sentido que atribuiremos a la expresión discutida. En cambio, denominaremos "inconsciente" a aquellas representaciones latentes de las que tenemos algún fundamento para sospechar que se hallan contenidas en la vida anímica, como sucedía en la memoria.

Una representación inconsciente será entonces una representación que no percibimos, pero cuya existencia estamos, sin embargo, prontos a afirmar, basándose en indicios y pruebas de otro órden.

Esta labor podría ser considerada como puramente despriptiva o clasificadora si para formar nuestro juicio no dispusiéramos de otros datos que los hechos de la memoria o los de la asociación a través de elementos intermedios inconscientes. Pero el conocido experimento de la "asociación posthipnótica" nos demuestra la extraordinaria

importancia de la distinción entre consciente e inconsciente.

Este experimento, tal y como lo realizaba Bernheim, consiste en sumir a una persona en estado hipnótico, y hallándose así bajo influencia del médico, ordenarle la ejecucion de cierto acto en determinado momento ulterior, (por ejemplo, media hora después), despertándola luego de transmitirle la orden. Al despertar, parece el sujeto haber vuelto totalmente a la conciencia y a su sentido habitual, sin que conserve recuerdo alguno del estado hipnótico, no obstante lo cual, en el momento fijado surge en él el impulso a ejecutar el acto prescrito, que es realizado con plena concienc cia, aunque sin saber por qué. Para describir este fenómeno habremos de decir que el propósito existe en forma latente o inconsciente en el ánimo del sujeto hasta el instante prefijado, llegado el cual pasa a hacerse consciente. Pero lo que en tal momento surge en la conciencia no es el propósito en su totalidad, sino tan sólo la representación del acto que de ejecutar se trata. Las demás ideas asociadas con ésta representacion -la orden, la influencia del médico y el recuerdo del estado hipnótico- permanecen todavia inconscientes.

Pero aún nos ofrece este experimento otras enseñanzas. Nos lleva, de una concepción puradescriptiva del fenómeno, a una concepción dinámica. La idea del acto prescrito durante la hipnosis no se limita a devenir en un momento dado objeto de la conciencia, sino que se hace eficaz, circunstancia ésta la mas singular de los hechos. Pasa a convertirse en acto cuando la conciencia advierte su presencia. Dado que el verdadero impulso a la acción es la orden del médico, no podemos por menos de suponer

que también la idea de esta prescripción ha llegado ha hacerse eficaz.

Sin embargo, esta última idea no es acogida en la conciencia, como sucede con la idea del acto, de ella derivada, sino que permanece inconsciente, siendo así, a un mismo tiempo, eficaz e inconsciente.

La sugestión posthipnótica es un producto de laboratorio, un hecho artificialmente provocado. Pero si aceptamos la teoría de los fenómenos histéricos, iniciada por P. Janet y desarrollada por Brouer y por mi, se nos ofrece una multitud de hechos naturales que muestran todavía mas clara y precisamente el caracter psicológico de la sugestión posthipnotica.

La vida anímica de los pacientes histéricos se nos muestra llena de ideas eficaces, pero inconscientes. De ellas proceden todos los síntomas. El caracter más singular del estado anímico histérico es, en efecto, el dominio de las representaciones inconscientes. Los vómitos de una paciente histérica pueden ser una consecuencia de su idea de que se halla encinta. Sin embargo, la sujeto no tiene conocimiento alguno de tal idea, aunque no sea difícil descubrirla en su vida anímica y hacerla emerger en su conciencia por uno de los procedimientos técnicos del psicoanálisis. Cuando se entrega a las convulsiones y gesticulaciones que constituyen su "ataque", no se representa siquiera conscientemente los actos que se propone, y observa quiza tales manifestaciones con los sentimientos de un espectador indiferente, no obstante lo cual puede el análisis demostrar que desempeña su papel en la reproducción dramática de una escena de

su vida, cuyo recuerdo es inconscientemente eficaz durante el ataque. El análisis descubre este mismo predominio de ideas inconscientes eficaces como el elemento esencial de la psicología de todas las demás formas de neurosis.

Nos enseña, pues, el análisis de los fenómenos neuróticos que una idea latente o inconsciente no es necesariamente débil y que la presencia de tal idea en la vida anímica es susceptible de pruebas indirectas indiscutibles, de un valor casi identico a la prueba directa suministrada por la conciencia. Nos sentimos así autorizados a acordar nuestra clasificación con este aumento de nuestros conocimientos, introduciendo una diferenciación fundamental de las ideas latentes e inconscientes. Estábamos acostumbrados a pensar que toda idea latente lo era a consecuencia de su debilidad y se hacia consciente en cuanto adquiría fuerza. Mas ahora hemos llegado a la convicción de que existen ciertas ideas latentes que no penetran en la conciencia por fuertes que sean. Así, pués, denominaremos preconscientes a las ideas del primer grupo y reservaremos el calificativo de inconscientes (en su sentido propio) para las del segundo, que son las que hemos observado en las neurosis. La expresión inconsciente, que hasta aquí no hemos utilizado sino en sentido descriptivo, recibe ahora una significación mas amplia. No designa ya tan sólo ideas latentes en general, sino especialmente las que presentan un determinado carácter dinámico; esto es, aquellas que a pesar de su intensidad y eficacia se mantienen lejos de la conciencia.

Antes de continuar nuestra exposición queremos salir al paso de dos objeciones que prevemos han de sernos opuestas en este punto. La primera sería la de que en lugar de agregarnos a la hipótesis de las ideas inconscientes, de las que nada sabemos, haríamos mejor en aceptar que la

conciencia puede fragmentarse, de manera que algunas ideas u otros procesos psíquicos lleguen a formar una conciencia aparte, disociada del núcleo principal de la actividad psíquica y substraida a ella. Conocidos casos patológicos, como el del doctor Azam, parecen muy apropiados para demostrar que la disociación de la conciencia no es ninguna imaginación fantástica.

Pero tal teoría se basa únicamente, a nuestro juicio, en el empleo equivocado de la palabra consciente. No tenemos derecho a extender el sentido de esta palabra hasta el punto de utilizarla para designar una conciencia de la que nada sabe su poseedor. Si para los filósofos resulta difícil creer en la existencia de un pensamiento inconsciente, mas inaceptable ha de parecerles la existencia de una conciencia inconsciente. Los casos descritos como de disociación de la conciencia, así el del doctor Azam, pueden ser mas bien considerados como casos de traslación de la conciencia, en los cuales esta fun-- ción -o lo que sea- oscila entre dos distintos complejos psíquicos que devienen alternativamente conscientes e inconscientes.

La segunda objecion que preveíamos era la de que aplicamos a la psicología de los normales consecuencias deducidas principalmente del estudio de estados patológicos y podemos destruirla con la simple exposición de un hecho cuyo conocimiento debemos al psicoanálisis. Ciertas perturbaciones funcionales que aparecen con extrema frecuencia en los individuos sanos por ejemplo, los "lapsus linguae", los errores de memoria, el olvido de nombres, etc, pueden ser referidos sin dificultad a la

actuación de intensas ideas conscientes, lo mismo que los síntomas neuróticos. En el curso de esta especulación hallaremos otro argumento aún más convincente.

La distinción de ideas preconscientes o inconscientes nos conduce a abandonar los dominios de la clasificación y a formarnos un juicio sobre las relaciones funcionales y dinámicas en la actividad psíquica. Hasta aquí hemos hallado un preconsciente eficaz, que permanece inconsciente y parece estar disociado de la conciencia.

No sabemos si estas dos clases de actividad psíquica son desde un principio idénticas o contrarias por esencia, pero podemos preguntarnos por qué pueden haberse diferenciado en el curso de los procesos psíquicos. El psicoanálisis nos da sin vacilar clara respuesta a esta interrogación. Para el producto de lo inconsciente eficaz no es imposible penetrar en la conciencia, mas este resultado requiere un cierto esfuerzo. Si intentamos conseguirlo en nosotros mismos, experimentaremos una clara sensación de una defensa que ha de ser vencida, y cuando nos lo - proponemos con un paciente, advertimos signos inequívocos de aquello que llamamos resistencia. Averiguamos así que la idea inconsciente es excluida de la conciencia por fuerzas vivas que se oponen a su recepción, no oponiendo, en cambio, obstáculo ninguno a las ideas preconscientes. El psicoanálisis demuestra que la repulsa de las ideas inconscientes es provocada exclusivamente por las tendencias encarnadas en su contenido. La teoría más inmediata y verosímil que podemos edificar en este estadio de nuestro conocimiento es la que sigue: lo inconsciente es una fase regular e inevitable de los procesos que cimentan nuestra actividad psíquica. Todo acto psíquico comienza por ser inconsciente y continuar siendo

lo o progresar hasta la conciencia,desarrollandose según tropiece con una resistencia.La diferenciación de actividad preconsciente y actividad consciente no es primaria,sino que se establece después de haber entrado en juego la defensa.Sólo entonces adquiere un valor teórico y práctico la diferencia entre ideas preconscientes,que surgen en la conciencia y pueden volver a ella en todo momento,e ideas inconsciente, a las que ello está vedado.
El arte fotográfico nos ofrece una analogía de esta hipotética relación entre la actividad consciente y la inconsciente.El primer estadio de la fotografía es el negativo.Toda imagen fotográfica tiene que pasar por el proceso negativo,y algunas de estos negativos,que han resistido bién la prueba,son admitidos al proceso positivo, que acaba en la imagen perfecta .

Pero la diferenciación de actividad preconsciente y el conocimiento de la barrera que las separa no constituyen el último ni el más importante resultado de la investigación piscoanálítica de la vida anáimica.Existe un producto psíquico que encontramos en las personas más normales y que,sin embargo, ofrece una singularísima analogía con los más extraños e intensos de la locura y que no ha sido para los filósofos más comprensible que la locura misma. Me refiero a los sueños.El psicoanálisis se basa en el análisis de los sueños;la interpretación onírica es la labor más completa que nuestra jóven ciencia ha llevado a cabo hasta hoy.Un caso típico de formación onírica puede ser descrito del modo siguiente:La actividad anímica diurna ha despertado una serie de ideas que ha conservado algo de su eficacia,escapando así a la general anula-

ción del interés que trae consigoel reposo y constituye la preparación espiritual del dormir.Esta serie de ideas consigue durante la noche ponerse en conexión con uno de los deseos inconscientes que, desde la infancia del sujeto, se hallan siempre presentes en su vida anímica, aunque por lo regular reprimidos y excluidos de la existencia consciente .Por medio de la energía que les presta este apoyo inconsciente recobran su eficacia las ideas residuales de la actividad diurna y quedan capacitadas para surgir en la conciencia bajo la forma de un sueño. Así,pués, han sucedido tres cosas ;

1ª Las ideas han experimentado una modificación, un disfraz y una deformación, que representan la participación de su aliado inconsciente.
2ª Han conseguido ocupar la conciencia en una ocasión en la que la misma no debía de haberles sido accesible.
3ª Un fragmento de inconsciente ha logrado emerger en la conciencia, resultado que le hubiera sido imposible conseguir en toda otra circunstancia.

El psocoanálisis nos ha instruido en el arte de descubrir los restos diurnos y las ideas latentes del sueño. Por su comparación con el contenido manifiesto del sueño hemos podido formarnos un juicio sobre las transformaciones por las que dichos restos e ideas han pasado y la forma en que las mismas han llegado a efecto.

Las ideas latentes del sueño no se diferencian en nada de los productos de nuestra ordinaria actividad psíquica consciente. Puede aplicarseles el nombre de ideas preconscientes y, en efecto, pueden haber sido conscientes en un momento de la vida despierta, Mas por su enlace con las tendencias inconscientes, establecido durante la noche, quedaron asimiladas a ellas, rebajadas hasta cierto punto al estado de ideas inconscientes y sometidas a las leyes que rigen

la actividad inconsciente. Se nos ofrece aquí la posibilidad de averiguar algo que ni la especulación ni ninguna otra fuente del conocimiento empírico nos hubieran permitido adivinar jamás; esto es, que las leyes de la actividad anímica inconsciente se diferencian en alto grado de aquellas que rigen la actividad anímica consciente. Una detallada labor nos lleva al conocimiento de las peculiaridades de lo inconsciente, y podemos esperar que mediante te una mas penetrante investigación de los procesos de la formación de los sueños alcanzaremos nuevos conocimientos.

Esta investigación no esta aún llevada a término, y una exposición de los resultados obtenidos hasta ahora nos obligaría a entrar en los más complejos problemas de la interpretación onírica. Pero no quisiera terminar estas explicaciones sin indicar la transformacion y el progreso de nuestra comprension del inconsciente, que debemos al estudio psicoanalítico de los sueños.

Lo inconsciente nos pareció al principio tan sólo un enigmático carácter de un determinado proceso psíquico. Ahora significa ya algo mas para nosotros, pues constituye un signo de que tal proceso participa de la naturaleza de una determinada categoría psíquica, que nos es conocida por otros rasgos característicos de mayor importancia, y de que pertenece a un sistema de actividad psíquica digno de toda nuestra atención. El valor que lo inconsciente como elemento indicador sobrepasa extrabrdinariamente su importancia como cualidad. Al sistema que se nos muestra caracterizado por el hecho de ser inconscientes todos y cada uno de los procesos que lo constituyen, lo designamos con el nombre de "lo inconsciente",

a falta de otro término mejor y menos equívoco. Como fórmula de este sistema emplearemos la abreviatura Inc.

Este es el tercero y mas importante sentido que ha adquirido en el psicoanálisis la expresion "inconsciente".

****

LOS INSTINTOS Y SUS DESTINOS.

Hemos oido expresar mas de una vez la opinión de que una ciencia debe hallarse edificada sobre conceptos fundamentales, claros y precisamente definidos. En realidad, ninguna ciencia, ni aun la más exacta, comienza por tales definiciones. El verdadero principio de la actividad científica consiste más bien en la descripción de fenómenos, que luego son agrupados, ordenados y relacionados entre sí.

Ya en esta descripción se hace inevitable aplicar al material determinadas ideas abstractas extraidas de diversos sectores y, desde luego, no únicamente de la observación del nuevo conjunto de fenómenos descritos. Mas imprescindibles aún resultan tales ideas -los ulteriores principios fundamentales de la ciencia- en la subsiguiente elaboracion de la materia. Al principio han de presentar ciertos grados de indeterminacion, y es imposible hablar de una clara delimitacion de su contenido. Mientras permanecen en este estado, nos concertamos sobre su significación por medio de repetidas referencias del material del que parecen derivadas, pero que en realidad les es subordinado. Presentan, pues, estrictamente consideradas, el carácter de convenciones, circunstancia en la que todo depende de que no sean elegidas arbitrariamente,

sino que se hallen determinadas por importantes relaciones con la materia empírica, relaciones que creemos adivinar antes de hacérsenos asequibles su conocimiento y demostrción. Sólo después de una más profunda investigación del campo de fenómenos de que se trate resulta posible precisar más sus conceptos fundamentales cientificos y modificarlos prograsivamente, de manera q extender en gran medida su esfera de aplicación, haciéndolos así irrebatibles. Este podrá ser el momento de concretarlos en definiciones. Pero el progreso del conocimiento no tolera tampoco la inalterabilidad de las definiciones. Como nos lo evidencia el ejemplo de la física, también los "conceptos fundamentales" fijados en definiciones experimentan una perpetua modificacion del contenido.

Un semejante principio básico convencional, todavia algo oscuro, pero del que no podemos prescindir en psicología es el del instinto. Intentaremos establecer su significación, aportándole contenido desde diversos sectores.

En primer lugar, desde el campo de la fisiología. Esta ciencia nos ha dado el concepto del estímulo y el esquema de reflejos según el cual un estímulo aportado desde el exterior al tejido vivo (de la sustancia nerviosa) es derivado hacia el exterior por medio de la acción. Esta acción logra su fin sustrayendo la sustanciaestimulada a la influencia del estímulo, alejándola de la esfera de actuación del mismo.

¿Cuál es ahora la relación del "instinto"con el "estímulo"? Nada nos impide subordinar el concepto de instinto al de

estímulo. El instinto sería entonces un estímulo para lo psíquico. Mas enseguida advertimos la improcedencia de equiparar el instinto al estímulo psíquico. Para lo psíquico existen evidentemente otros estímulos distintos de los instintivos y que se comportan más bien de un modo análogo a los fisiológicos. Así, cuando la retina es herida por una intensa luz no nos hallamos ante un estímulo instintivo. Sí, en cambio, cuando se hace perceptible la sequedad de las mucosas bucales o la irritación de las del estomago.

Tenemos ya material bastante para distunguir los estímulos instintivos de otros (fisiológicos) que actúan sobre lo anímico. En primer lugar, los estímulos instintivos no proceden del mundo exterior, sino del interior del organismo. Por esta razon actúan diferentemente sobre lo anímico y exigen, para su supresión distintos actos;pero, además, para dejar fijadas las características esenciales del estímulo basta con admitir que actúa como un impulso único, pudiendo ser, por tanto, suprimido mediante un único acto adecuado, cuyo tipo será la fuga motora ante la fuente de la cual emana. Naturalmente, pueden tales impulsos repetirse y sumarse, pero esto no modifica en nada la interpretación del proceso ni las condiciones de la supresión del estímulo. El instinto, en cambio, no actúa nunca como una fuente impulsiva momentanea, sino siempre como una fuerza constante. No procediendo del mundo exterior sino del interior del cuerpo, la fuga es ineficaz contra él. Al estímulo instintivo lo denominaremos mejor necesidad, y lo que suprime esta necesidad es la satisfacción. Esta puede ser alcanzada únicamente por una transformación adecuada de la fuente de estímulo interna.

Coloquemonos ahora en la situación de un un ser viviente,desprovisto casi en absoluto de medios de defensa y no orientado aún en el mundo,que recibe estímulos en su sustancia nerviosa.Este ser llegará muy pronto a realizar una primera diferenciación y a adquirir una primera orientación.Por un lado,recibirá estímulos a los que le es posible sustraerse mediante una acción muscular (fuga),y atribuirá estos estímulos al mundo exterior.Pero tambien percibirá otros,contra los cuales resulta ineficaz tal acción y que conservan,a pesar de la misma,su carácter constantemente apremiante.Estos últimos constituirán un signo característico del mundo interior y una demostración de la existencia de necesidades instintivas.La sustancia perceptora del ser viviente hallará así, en la eficacia de su actividad muscular, un punto de apoyo para distinguir un "exterior" de un "interior".

Encontramos,pués,la esencia del instinto primeramente en sus caractères principales, su origen de fuentes de estímulo situadas en el interior del organismo y su aparición como fuerza constante y derivamos de ella otra de sus cualidades:la ineficacia de la fuga para su supresión. Pero durante estas reflexiones hubimos de descubrir algo que nos fuerza a una nueva confusión. No sólo aplicamos a nuestro material determinadas convenciones como conceptos fundamentales,sino que nos servimos,además,de algunas complicadas hipótesis para guiarnos en la elaboración del mundo de los fenómenos psicológicos. Ya hemos delineado antes en términos generales la más importante de estas hipótesis;quedanos tan sólo hacerla resaltar

expresamente. Es de naturaleza biológica, labora con el concepto de la tendencia (eventualmente, con el de la educación) y su contenido es como sigue: el sistema nervioso es un aparato al que compete la función de suprimir los estímulos que hasta él llegan o reducirlos a su mínimo nivel, y que, si ello fuera posible, quisiera mantenerse libre de todo estímulo. Admitiendo interinamente esta idea, sin parar mientes en su determinación, atribuiremos en general, al sistema nervioso la labor del vencimiento de los estímulos. Vemos, entonces, cuánto complica el sencillo esquema fisiológico de réflejos la introducción de los instintos. Los estímulos exteriores no plantean mas problemas que el de sustraerse a ellos, cosa que sucede por medio de movimientos musculares, uno de los cuales acaba por alcanzar tal fin y se convierte entonces, como el más adecuado, en disposicion hereditaria. En cambio, los estímulos instintivos nacidos en el interior del soma no pueden ser suprimidos por medio de este mecanismo. Plantean, pues, exigenciasmucho mas elevadas al sistema nervioso, le inducen a complicadísimas actividades, intimamente relacionadas entre si, que modifican ampliamente el mundo exterior hasta hacerle ofrecer la satisfacción de la fuente de estímulointerna, y manteniendo una inevitable aporta aportacion contínua de estímulos, le fuerzan a renunciar a su propósito ideal de conservarse alejado de ellos. Podemos, pues concluir y no los estímulos externos son los verdaderos motores de los progresos que han llevado a su actual desarrollo al sistema nervioso, tan inagotablemente capaz de rendimiento. Nada se opone a la hipótesis de que los instintos son, por lo menos en parte, residuos de efectos estimulantes externos, que en el curso de la filogénesis actuaron modificativamente sobre la sustancia viva.

Cuando después hallamos que toda actividad, incluso la del aparato anímico más desarrollado, se encuentra sometida al principio del placer, o sea que es regulada automáticamente por sensaciones de la serie "placer-displacer", nos resulta ya difícil rechazar la hipótesis inmediata de que estas sensaciones reproducen la forma en la que se desarrolla el vencimiento de los estímulos, y seguramente en el sentido de que la sensación de displacer se halla relacionada con un incremento del estímulo y la de placer con una disminución del mismo. Mantendremos la amplia indeterminación de esta hipótesis hasta que consigamos adivinar la naturaleza de la relación entre la serie "placer-displacer" y las osiclaciones de las magnitudes de estímulos que actúan sobre la vida anímica. Desde luego, han de ser posibles muy diversas y complicadas relaciones de este género.

Si consideramos la vida anímica desde el punto de vista biológico, se nos muestra el instinto como un concepto límite entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos procedentes del interior del cuerpo, que arriban al alma, y como una magnitud de la exigencia de trabajo impuesta a lo anímico a consecuencia de su conexión con lo somático.

Podemos discutir ahora algunos términos empleados en relación con el concepto del instinto, tales como perenteriedad, fin, objeto y fuente delinstinto.

Por perentoriedad de un instinto se entiende su factor motor; esto es las suma de fuerza o la cantidad de exigencia de trabajo que representa. Este caracter perentorio es una cualidad general de los instintos e incluso constituye la esencia de los mismos.

Cada instinto es una magnitud de actividad, y al hablar negligentemente de instintos pasivos, se alude tan sólo a instientos de fin pasivo.

El fin de un instinto es siempre la satisfacción, que sólo puede ser alcanzada por la supresión del estado de excitacion de la fuente del instinto. Pero aun cuando el fin último de todo instinto es invariable, puede haber diversos caminos que conduzcan a él, de manera que para cada instinto pueden existir diferentes fines próximos susceptibles de ser combinados o sustituidos entre sí. La experiencia nos permite hablar también de instintos coartados en su fin; esto es, de procesos a los que se permite avanzar cierto espacio hacia la satisfacción del instinto, pero que experimentan luego una inhibición o una desviación. Hemos de admitir que tambien con tales procesos se halla enlazada una satisfacción parcial.

El objeto del instinto es aquel en el cual, o por medio del cual, puede el instinto alcanzar su satisfacción. Es lo más variable del instinto; no se halla enlazado a él originariamente, sino subordinado a él a consecuencia de su adecuación al logro de la satisfacción. No es necesariamente algo exterior al sujeto, sino que puede ser una parte cualquiera de su propio cuerpo, y es susceptible de ser sustituido indefinidamente por otro durante la vida del instinto. Este desplazamiento del instinto desempeña importantísimas funciones. Puede presentarse el caso de que el mismo objeto sirva simultaneamente a la satisfacción de varios instintos (el caso de la trabazon de los instintos, segun Adler). Cuando un instinto aparece ligado de un modo especialmente intimo y estrecho al objeto hablamos de una fijacion de dicho instinto. Esta fijacion tiene efecto con gran

frecuencia en períodos muy tempranos del desarrollo de los instintos y pone fin a la movilidad del instinto de que se trate, oponiéndose intensamente a su separación del objeto.

Por fuente del instinto se entiende aquel proceso somático que se desarrolla en un órgano o una parte del cuerpo, y es representado en la vida anímica por el instinto. Se ignora si este proceso es regularmente de naturaleza química o puede corresponder también al desarrollo de otras fuerzas; por ejemplo, de fuerzas mecánicas. El estudio de las fuentes del instinto no corresponde ya a la Psicología. Aunque el hecho de nacer de fuentes somáticas sea en realidad lo decisivo para el instinto, éste no se nos da a conocer en la vida anímica sino por sus fines. Para la investigación psicológica no es absolutamente indispensable mas preciso reconocimiento de las fuentes del instinto, y muchas veces pueden ser deducidas éstas del examen de los fines del instinto.

¿Habremos de suponer que los diversos instintos procedentes de lo somático y que actúan sobre lo psíquico se hallan también caracterizados por cualidades diferentes y actúan por esta causa de un modo cualitativamente distinto de la vida anímica? A nuestro juicio, no. Bastará mas bien admitir simplemente que todos los instintos son cualitativamente iguales y que su efecto no depende sino de las magnitudes de excitación que llevan consigo y, quizá, de ciertas funciones de esta cantidad. Las diferencias que presentan las funciones psíquicas de los diversos instintos pueden atribuirse a la diversidad de las fuentes de estos últimos. Mas adelante, y en una distinta relación, llegaremos, de todos modos, a aclarar lo que el problema de la cualidad de los instintos significa.

¿Cuántos y cuáles instintos habremos de contar? Queda abierto aquí un amplio margen de arbitrariedad, pues nada podemos objetar a aquellos que hacen

uso de los conceptos de instinto de juego, de destrucción o de sociabilidad cuando la materia lo demanda y lo permite la limitación del análisis psicológico. Sin embargo, no deberá perderse de vista la posibilidad de que estos motivos de instinto, tan especializados sean susceptibles de una mayor descomposición en lo que a las fuentes del instinto se refiere, resultando así que sólo los instintos primitivos e irreducibles podrían aspirar a una significación.

Por nuestra parte, hemos propuesto distinguir dos grupos de estos instintos primitivos: el de los instintos del yo o instintos de conservación, y el de los instintos sexuales. Esta división no constituye una hipótesis necesaria, como la que antes hubimos de establecer sobre la tendencia biológica del aparato anímico. No es sino una construcción auxiliar, que sólo mantendremos mientras nos sea útil y cuya sustitución por otra no puede modificar sino muy poco los resultados de nuestra labor descriptiva y ordenadora. La ocasión de establecerla ha surgido en el curso evolutivo del psicoanálisis, cuyo primer objeto fueron las psiconeurosis o, mas precisamente, aquel grupo de psiconeurosis a las que damos el nombre de "neurosis de transferencia" (la histeria y la neurosis obsesiba), estudio que nos llevó al conocimiento de que en la raiz de cada una de tales afecciones existía un conflicto entre las aspiraciones de la sexualidad y las del yo. Es muy posible que un más penetrante análisis de las restantes afecciones neuróticas (y ante todo de las psiconeurosis narcisistas, o sea de las esquizofrenias) nos imponga una modificación de esta fórmula y con ella una distinta agrupación de los instintos primitivos. Mas, por ahora, no conocemos tal nueva fórmula ni hemos hallado ningun argumento desfavorable a la oposición de instintos del yo e instintos sexuales.

Dudo mucho que la elaboración del material psicológico pueda proporcionarnos datos decisivos para la diferenciación y clasificación de los instintos. A los fines de esta elaboración parece más bien necesario aplicar al material determinadas hipótesis sobre la vida instintiva, y sería deseable que tales hipótesis pudieran ser tomadas de un sector diferente y transferidas luego al de la psicología. Aquello que en esta cuestión nos suministra la biología no se opone, ciertamente, a la diferenciación de instintos del yo e instintos sexuales. La biología enseña que la sexualidad no puede equipararse a las demás funciones del individuo, dado que sus tendencias van más allá del mismo y aspiran a la producción de nuevos individuos, o sea a la conservación de la especie.

Nos muestra, ademas, como igualmente justificadas, dos distintas concepciones de la relación entre el yo y la sexualidad: una para la cuales el individuo lo principal, la sexualidad una de sus actividades y la satisfacción sexual una de sus necesidades, y otra que considera al individuo como un accesorio temporal y pasajero del plasma germinativo casi inmortal, que le fue confiado por la generación. La hipótesis de que la función sexual se distingue de las demás por un quimismo especial aparece tambien integrada, según creo, en la investigación biológica de Ehrlich.

Dado que el estudio de la vida instintiva desde la conciencia presenta dificultades casi insuperables, continúa siendo la investigación psicoanalítica de las perturbaciones anímicas la fuente principal de nuestro conocimiento. Pero correlativamente al curso de su desarrollo, no nos ha suministrado hasta ahora el psicoanálisis datos satisfactorios más que sobre los instintos sexuales, por ser este el único grupo de instintos que le ha sido posible aislar y considerar por separado en las psiconeurosis. Con la extensión del psicoanálisis a las demás afecciones neuróticas quedará también cimentado seguramente nuestro conocimiento de los ins-

tintos del yo, aunque parece imprudente esperar hallar en ese campo de investigación condiciones análogamente favorables a la labor observadora.

De los instintos sexuales podemos decir, en general, lo siguiente: son muy numerosos, proceden de múltiples y diversas fuentes orgánicas, actúan al principio independientemente unos de otros y sólo ulteriormente quedan reunidos en una síntesis más o menos perfecta. El fin al que cada uno de ellos tiende es la consecución del placer orgánico, y sólo después de su síntesis entra en servicio la procreación, con lo cual se evidencian entonces, generalmente, como instintos sexuales. En su primera aparición se apoyan ante todo en los instintos de conservación, de los cuales no se separan luego sino muy poco a poco, siguiendo también en el hallazgo de objeto los caminos que los instintos del yo les marcan. Parte de ellos permanece asociada a través de toda la vida a los instintos del yo, aportándoles componentes libidinosos, que pasan fácilmente inadvertidos durante la función normal y sólo se hacen claramente perceptibles en los estados patológicos. Se caracterizan por la facilidad con la que se remplazan unos a otros y por su capacidad de cambiar indefinidamente de objeto. Estas últimas cualidades les hacen aptos para funciones muy alejadas de sus primitivos actos finales (sublimación).

Siendo los instintos sexuales aquellos en cuyo conocimiento hemos avanzado más hasta el dia, limitaremos a ellos nuestra investigación de los destinos por los cuales pasan los instintos en el curso del desarrollo de la vida. De estos destinos nos ha dado a conocer la observación los siguientes:

- -La transformacion en lo contrario.
- -La orientacion contra la propia persona.
- -La represión.
- -La sublimación.

No proponiéndonos tratar aquí de la sublimación, y exigiendo la represión capítulo aparte, quédanos tan sólo la descripción y discusión de los dos primeros puntos. Por motivos que actúan en contra de una continuación directa de los instintos, podemos representarnos también sus destinos como modalidades de la defensa contra ellos.

La transformación en lo contrario se descompone, al someterla a un detenido examen, en dos distintos procesos, la transición de un instinto desde la actividad a la pasividad, y la transformación de contenido. Estos dos procesos, de esencia totalmente distinta, habrán de ser considerados separadamente.

Ejemplos del primero son los pares antitéticos de "sadismo-masoquismo" y "placer visual-exhibición". La transformación en lo contrario alcanza sólo a los fines del instinto. El fin activo -atormentar, ver- es sustituido por el pasivo -ser atormentado, ser visto-. La transformación de contenido se nos muestra en el caso de la conversión del amor en odio.

La orientación contra la propia persona queda aclarada en cuanto reflexionamos que el masoquismo no es sino un sadismo dirigido contra el propio yo y que la exhibición entraña la contemplación del propio cuerpo. La observación analítica demuestra de un modo indubitable que el masoquista comparte el gozo activo de la agresión a su propia persona y el exhibicionista el resultante de la desnudez de su propio cuerpo. Así, pues, lo esencial del proceso es el cambio de objeto, con permanencia del mismo fin.

No puede ocultársenos que en estos ejemplos coinciden la orientacion contra la propia persona y la transición desde la actividad a la pasividad. Por tanto, para hacer resaltar clara-

ramente las relaciones, resulta precisa una más profunda investigación.

En el par antitético "sadismo-masoquismo", puede representarse el proceso de la forma siguiente:

a) El sadismo consiste en la violencia ejercida contra una tercera persona como objeto.
b) Este objeto es abandonado y sustituido por la propia persona. Con la orientación contra la propia persona queda realizada también la transformación del fin activo del instinto en un fin pasivo.
c) Es buscada nuevamente como objeto una tercera persona, que a consecuencia de la transformacion del fin tiene que encargarse del papel de sujeto.

El caso c) es el de lo que vulgarmente se conoce por el nombre de masoquismo. También en él es alcanzada la satisfacción por el camino del sadismo primitivo, transfiriéndose imaginativamente el yo a su lugar anterior, abandonado ahora al sujeto extraño.

Es muy dudoso que exista una satisfacción masoquista más directa. No parece existir un masoquismo primitivo no nacido del sadismo en la forma descrita. La conducta del instinto sádico en la neurosis obsesiva demuestra que la hipótesis de la fase b) no es nada superflua. En la neurosis obsesiva hallamos la orientación contra la propia persona sin la pasividad con respecto a otra. La transformación no llega más que hasta la fase b). El deseo de atormentar se convierte en autotormento y autocastigo, no en masoquismo. El verbo activo no se convierte en pasivo, sino en un verbo reflexivo intermedio.

Para la concepción del sadismo hemos de tener en cuenta que este instinto parece perseguir a más de su fin general (o quizá mejor, den-

tro del mismo), un especialísmo acto final. Además de la humillación y el dominio, el causar dolor. Ahora bien: el psicoanális parece demostrar que el causar dolor no se halla integrado entre los actos finales primitivos del instinto. El niño sádico no tiende a causar dolor ni se lo propone expresamente. Pero una vez llevada a efecto la transformación en masoquismo, resulta el dolormuy apropiado para suministrar un fin pasivo masoquista, pues todo nos lleva a admitir que también las sensaciones dolorosas, como en general todas las displacientes, se extienden a la excitación sexual y originan un estado placiente que lleva al sujeto a aceptar de buen grado el displacer del dolor. Una vez que el experimentar dolor ha llegado a ser un fin masoquista, puede surgir también el fin sádico de causar dolor, y de este dolor goza también aquel que lo inflige a otros, identificandose de un modo masoquista, con el objeto pasivo. Naturalmente, aquello que se goza en ambos casos no es el dolor mismo, sino la excitación sexual concomitante, cosa explicitamente cómoda para el sádico. El goce del dolor sería, pues, un fin originariamente masoquista; pero que sólo, dado un sadismo primitivo, puede convertirse en fin de un instinto.

Para completar nuestra exposición añadiremos que la compasión no puede ser descrita como un resultado de la transformación de los instintos en el sadismo, sino como una formación reactiva contra el instinto. Más adelante examinaremos esta distinción.

La investigación de otro par antitético de los instintos cuyo fin es la contemplación y la exhibición (voyeurs y exhibicionistas en el lenguaje de las perversiones) nos proporciona resultados distintos y más sencillos. También aquí podemos establecer las mismas fases que en el caso anterior: a) La contemplación como actividad orientada hacia un objeto ajeno; b)el abandono del objeto, la orientación del instinto de contemplación hacia una parte de la propia persona, y con ello la transformación en pasividad y el establecimiento del nuevo fin: el de ser contemplado; c) elestablecimiento de un nuevo sujeto a que la persona se muestra para ser por él contemplado. Es casi indudable que el fin activo aparece antes que el pasivo, precediendo la contemplación a la exhibición. Pero surge aquí una importante diferencia con el caso del sadismo, diferencia consistente en que en el instinto de contemplación hallamos aún una fase anterior a la señalada con la letra a). El instinto de contemplación es, en efecto, autoerótico al principio de su actividad; posee un objeto, pero lo encuentra en el propio cuerpo. Sólo más tarde es llevado (por el camino de la comparación) a cambiar este objeto por uno análogo del cuerpo ajeno (fase a). Esta fase preliminar es interesante por surgir de ella las dos situaciones del par antitético resultante, según el cambio tenga efecto en un lugar o en otro.

El esquema del instinto de contemplación podría establecerse como sigue:

a)Contemplar un órgano sexual= Ser contemplado el órgano sexual propio.
b) Contemplar un objeto ajeno.(Placer visual activo.)
c) Ser contemplado el objeto propio por persona ajena. (Exhibicionismo).

Tal fase preliminar no se presenta en el sadismo, el cual se presenta en un principio hacia un objeto ajeno. De todos modos no sería absurdo deducirla de los esfuerzos del niño que quiere hacerse dueño de sus miembros.

A los dos ejemplos de instintos que aquí venimos considerando puede serles aplicada la observación de que la transformación de los instintos por cambio de la actividad en pasividad

y orientación a la propia persona nunca se realiza en la totalidad del movimiento instintivo. El anterior sentido activo del instinto continúa subsistiendo en cierto grado junto al sentido pasivo ulterior, incluso en aquellos casos en los que el proceso de transformación del instinto ha sido muy amplio. La única afirmación exacta sobre el instinto de contemplación sería la de que todas las fases evolutivas del instinto, tanto la fase preliminar autoerótica como la estructura final activa y pasiva, continuan existiendo conjuntamente, y esta afirmación se hace indiscutible cuando en lugar de los actos instintivos tomamos como base de nuestro juicio el mecanismo de la satisfacción. Quizá resulte aún justificada otra distinta concepción y descripción. La vida de cada instinto puede considerarse dividida en diversos impulsos, temporalmente separados e iguales, dentro de la unidad de tiempo (arbitraria), impulsos semejantes a sucesivas erupciones de lava. Podemos así representarnos que la primera y primitiva erupción del instinto continúa sin experimentar transformación ni desarrollo ningunos. El impulso siguiente experimentaría, en cambio, desde su principio una modificación, quizá la transición a la pasividad, y se sumaría con este nuevo carácter al anterior, y así sucesivamente. Si consideramos entonces los movimientos instintivos, desde su principio hasta un punto determinado, la descrita sucesión de los impulsos tiene que ofrecernos el cuadro de determinado desarrollo del instinto.

El hecho de que en tal época ulterior del desarrollo se observa, junto a cada movimiento instintivo, su contrario (pasivo), merece ser expresamente acentuado con el nombre de ambivalencia, acertadamente introducido por Bleuler.

La subsistencia de las fases intermedias y el examen histórico de la evolución del instinto nos han aproximado a la inteligencia de esta evolución. La amplitud de la ambivalencia varía mucho, según

hemos podido comprobar, en los distintos individuos, grupos humanos o razas.

Los casos de amplia ambivalencia en individuos contemporáneos pueden ser interpretados como casos de herencia arcaica, pues todo nos lleva a suponer que la participación de los movimientos instintivos no modificados en la vida instintiva fue en épocas primitivas mucho mayor que hoy.

Nos hemos acostumbrado a denominar narcisismo a la temprana fase del yo durante la cual se satisfacen autoeroticamente los instintos sexuales del mismo, sin entrar de momento a discutir la relación entre autoerotismo y narcisismo. De este modo diremos que la fase preliminar del instinto de contemplación, en la cual el placer visual tiene como objeto el propio cuerpo, pertenece al narcisismo y es una formación narcisista. De ella se desarrolla el instinto de contemplación activo, abandonando el narcisismo; en cambio, el instinto de contemplación pasivo conservaría el objeto narcisista. Igualmente, la transformación del sadismo en masoquismo significa un retorno al objeto narcisista, mientras que en ambos casos es sustituido el sujeto narcisista por identificación con otro yo ajeno. Teniendo en cuenta la fase preliminar narcisista del sadismo antes establecida, nos acercamos así al conocimiento mas general de que la orientación de los instintos contra el propio yo y la transición de la actividad a la pasividad dependen de la organización narcisista del yo y llevan impreso el sello de esta fase. Corresponden quizá a las tentativas realizadas con otros medios en fases superiores del desarrollo del yo.

Recordamos aquí que hasta ahora sólo hemos traído a discusión los dos pares antitéticos "sadismo-masoquismo" y "placer visual-exhibición". Son éstos los instintos sexuales ambivalentes mejor conocidos. Los demas componentes

de la función sexual ulterior no son aún suficientemente asequibles al análisis para que podamos discutirlos de un mododo análogo. Podemos decir de ellos, en general, que actúan autoeróticamente, esto es, que su objeto desaparece ante el órgano que constituye su fuente y coincide casi siempre con él. Aunque el objeto del instinto de contemplación es también al principio una parte del propio cuerpo, no es, sin embargo, el ojo mismo, y en el sadismo, la fuente orgánica, probablemente la musculatura capaz de acción, señala directamente otro objeto distinto, aunque también en el propio cuerpo. En los instintos autoeróticos es tan decisivo el papel de la fuente erótica, que, según una hipótesis de P. Federn y L. Jekels, la forma y la función del órgano deciden la actividad o pasividad del fín del instinto.

La transformación de un instinto en su contrario (material) no se observa sino en un único caso: en la conversión del amor en odio, o viceversa. Estos dos sentimientos aparecen también muchas veces orientados conjuntamente hacia un solo y mismo objeto, ofreciendonos así el más importante ejemplo de ambivalencia.

Este caso del amor y del odio adquiere un especial interés, por la circunstancia de eludir su inclusión en nuestra exposición de los instintos. No puede dudarse de la íntima relación entre estos dos contrarios sentimentales y la vida sexual, pero hemos de resistirnos a considerar el amor como un particular instinto de la sexualidad. Preferiríamos ver en él la expresión de la tendencia sexual total, pero tampoco acaba esto de satisfacernos, y no sabemos cómo representarnos la antítesis material de esta tendencia.

El amor es susceptible de tres antítesis y no de una solo. Aparte de la antítesis

"amar-odiar", existe la de "amar-ser amado", y, además, el amor y el odio, tomados conjuntamente, se oponen a la indiferencia. De estas tres antítesis, la segunda -"amar-ser amado"- corresponde a la transición de la actividad a la pasividad, y puede ser referida, como el instinto de contemplación, a una situación fundamental, la de amarse a sí mismo, situación que es para nosotros la característica del narcisismo. Según que el objeto o el sujeto sean cambiados por otros ajenos, resulta la tendencia final activa del amor, o la pasiva del ser amado, próxima al narcisismo.

Quizá nos aproximemos más a la comprensión de las múltiples antítesis del amor reflexionando que la vida anímica es dominada en general por tres polarizaciones; esto es, por las tres antítesis siguientes:

Sujeto (Yo) - Objeto (mundo exterior).
Placer-Displacer
Activo-Pasivo.

La antítesis yo-no yo (exterior) (sujeto-objeto) es impuesta al individuo muy tempranamente, como ya indicamos, por la experiencia de que puede hacer cesar, mediante una acción muscular, los estímulos exteriores, careciendo, en cambio, de toda defensa contra los estímulos interiores. Ante todo, conserva una absoluta soberanía en lo referente a la función intelectual y crea para la investigación la situación fundamental, que no puede ser ya modificada por ningún esfuerzo. La polarización "placer-displacer" acompaña a una serie de sensaciones, cuya insuperada importancia para la decisión de nuestros actos (voluntad) hemos acentuado ya. La antítesis "activo-pasivo" no debe confundirse con la de "yo-sujeto-exterior-objeto". El yo se conduce pasivamente con respecto al mundo exterior en tanto en cuanto recibe de él estímulos, y activamente cuando a dichos estímulos reacciona. Sus instintos le imponen una especialisima actividad con respecto al mundo exterior, de manera que, acen-

tando lo esencial, podríamos decir lo siguiente: el yo sujeto es pasivo con respecto a los estí-- mulos exteriores. La antítesis "activo-pasivo" se funde luego con la de "masculino-femenino", que antes de esta función carecía de significación psicológica. La unión de la actividad con la masculinidad y de la pasividad con la feminidad nos sale al encuentro como un hecho biológico, pero no es en ningún modo tan regularmente total y exclusivo como se está inclinado a suponer.

Las tres polarizaciones anímicas establecen entre si importantes conexiones. Existe una situación primitiva psíquica en la cual coinciden dos de ellas. El yo se encuentra originalmente al principio de la vida anímica, revestido de instintos, y es en parte capaz de satisfacer sus instintos en si mismo. A este estado le damos el nombre de narcisismo y calificamos de autoerótica a la posibilidad de satisfacción correspondiente. El mundo exterior no atrae así en esta época interés ninguno. Así, pues, durante ella coincide el yo sujeto con la paciente y el mundo exterior con lo indiferente. Si definimos, por tanto, el amor como la relación del yo con sus fuentes de placer, la situación en la que el yo se ama a sí mismo con exclusión de todo otro objeto y se muestra indiferente al mundo exterior, nos aclarará la primera de las relaciones antitéticas en las que hemos hallado al "amor".

El yo no precisa del mundo exterior en cuanto que es autoerótico; pero recibe de él objetos a consecuencia de los procesos de los instintos de conservación y no puede menos de sentir como displacientes, durante algun tiempo, los estímulos instintivos interiores. Bajo el dominio del principio del placer se realiza luego en él un desarrollo ulterior. Acoge en su yo los objetos que le son ofrecidos en tanto constituyen fuentes de placer y se los introyecta (según la expresión de Ferenczi), alejando, por otra parte, de sí aquello que en su propio interior constituye motivo de displacer. (Véase más adelante el mecanismo de la proyección).

pasamos así desde el primitivo yo real, que ha diferenciado el interior del exterior conforme a exactos signos objetivos, a un yo de placer, que antepone a todos el carácter placiente. El mundo exterior se divide para él en una parte placiente, que se incorpora, y un resto, extraño a él. Ha separado del propio yo una parte que arroja al mundo exterior y percibe como hostil a él. Después de esta nueva ordenación queda nuevamente establecida la coincidencia de las dos polarizaciones, o sea la del yo-sujeto con placer y la del mundo exterior con el displacer (antes - indiferencia);

Con la entrada del objeto en la fase del narcisismo primario alcanza también su desarrollo la segunda contradicción del amor y el odio.

El objeto es aportado primeramente al yo, como ya hemos visto, por los instintos de conservación, que lo toman del mundo exterior, y no puede negarse que tambien el primitivo sentido del odio es el de la relación contra el mundo exterior, ajeno al yo y aportador de estímulos. La indiferencia se subordina al odio como un caso especial, después de haber surgido primeramente como precursora del mismo. Lo exterior, el objeto y lo odiado habrían sido al principio idénticos. Cuando luego se demuestra el objeto como fuente de placer es amado, pero también incorporado al yo, de manera que para el yo de placer purificado coincide de nuevo el objeto con lo ajeno y odiado.

Observamos también ahora que así como el par antitético "amor-indiferencia" refleja la polarización "yo-mundo exterior", la segunda antítesis "amor-odio" reproduce la polarización "placer-displacer" enlazada con la primera. Después de la sustitución de la fase puramente narcisista por la fase objetiva, el placer y el displacer significan relaciones del yo con el -

objeto.Cuando el objeto llega a ser fuente de sensaciones de placer surge una tendencia motora que aspira a acercarlo e incorporarlo al yo.Hablamos entonces de la "atracción" ejercida por el objeto productor de placer y decimos que lo "amamos".Inversamente,cuando el objeto es fuente de displacer nace una tendencia que aspira a aumentar su distancia del yo,repitiendo con él la primitiva tendencia de fuga ante el mundo exterior emisor de estímulos.Sentimos la "repulsa" del objeto y lo odiamos;odio que puede elevarse hasta la tendencia a la agresión contra el objeto y el propósito de suprimirlo.

En último término,podríamos decir que el instinto "ama" al objeto al que tiende para lograr su satisfacción.En cambio,nos parece extraño e impropio oir que un instinto "odia" a un objeto,y de este modo caemos en la cuenta de que los conceptos de amor y odio no son aplicables a las relaciones de los instintos con sus objetos,debiendo ser reservados para la relación del yo total con los objetos.Pero la observación de los usos del lenguaje, tan significativos siempre,nos muestra una nueva limitación de la significación del amor y del odio.De los objetos que sirven a la conservación del yo no decimos que los amamos, sino acentuamos que precisamos de ellos,añadiendo quizá una relación distinta por medio de palabras expresivas de un amor muy disminuido,tales como las de agradar,gustar,etc.

Así,pués,la palabra "amar" se inscribe cada vez más en la esfera de la pura relación de placer del yo con el objeto y se fija,por último,a los objetos estrictamente sexuales y a aquellos otros que satisfacen las necesidades de los instintos sexuales sublimados. La separación entre instintos del yo e instintos sexuales que hemos impuesto a nuestra psicología demuestra así hallarse en armonía con el espíritu de nuestro idioma.El hecho de que no acostumbramos decir que un instinto sexual ama a su objeto y veamos el más adecuado empleo de la palabra "amar" en la relación del yo con un objeto sexual no enseña que su empleo en tal relación comienza únicamente con la síntesis de todos los instintos parciales de la sexualidad,bajo la primacía de los genitales y al servicio de la reproducción.

Es de observar que en el uso de la palabra "odiar" no aparece ninguna relación tan íntima con el placer sexual y la función sexual;por el contrario,la relación de displacer parece ser aquí la única decisiva.El yo odia,aborrece y persigue con propósitos destructores a todos los objetos que llegan a suponerlo una fuente de sensaciones de displacer,constituyendo una privación de la satisfacción sexual o de la satisfacción de necesidades de conservación.Puede incluso afirmarse que el verdadero prototipo de la relación de odio no procede de la vida sexual,sino de la lucha del yo por su conservación y afirmación.

La relación entre el odio y el amor,que se nos presentan como completas antítesis materiales,no es,pués,nada sencilla.El odio y el amor no han surgido de la disociación de un todo original,sino que tienen diverso origen y han pasado por un desarrollo distinto y particular cada uno,antes de constituirse en antítesis bajo la influencia de la relación "placer-displacer".Se nos plantea aquí la labor de reunir todo lo que sobre la génesis del amor y el odio sabemos.

El amor procede de la capacidad del yo de satisfacer autoeróticamente,por la adquisición de placer orgánico,una parte de sus movimientos instintivos.Originariamente narcisista,pasa luego a los objetos que han sido incorporados al yo ampliado y expresa la tendencia mo-

tora del yo hacia estos objetos, considerados como fuentes de placer. Se enlaza íntimamente con la actividad de los instintos sexuales ulteriores y, una vez realizada la síntesis de estos instintos, coincide con la totalidad de la tendencia sexual. Mientras los instintos sexuales pasan por su complicado desarrollo aparecen fases preliminares del amor en calidad de fines sexuales internos. La primera de estas fases es la incorporación o ingestión, modalidad del amor que resulta compatible con la supresión de la existencia particular del objeto y puede, por tanto, ser calificada de ambivalencia. En la fase superior de la organización pregenital sádico-anal surge la aspiración al objeto en la forma de impulso al dominio, impulso para el cual es indiferente el daño o la destrucción del objeto. Esta forma y fase preliminar del amor apenas se diferencia del odio en su conducta para con el objeto. Hasta el establecimiento de la organización genital no se constituye el amor en antítesis del odio.

El odio es, como relación con el objeto, más antiguo que el amor. Nace de la repulsa primitiva del mundo exterior emisor de estímulos por parte del yo narcisista. Como expresión de la reacción de displacer provocada por los objetos, permanece siempre en íntima relación con los instintos de conservación del yo, de manera que los instintos del yo y los sexuales entran fácilmente en una oposición que reproduce la del amor y el odio. Cuando los instintos del yo dominan la función sexual, como sucede en la fase de la organización sádico-anal, prestan al fin del instinto los caracteres del odio.

La historia de la génesis y de las relaciones del amor no hace comprensible su fre-

cientísima ambivalencia, o sea la circunstancia de aparecer acompañado de sentimientos de odio orientados contra el mismo objeto. El odio mezclado con amor procede en parte de las fases preliminares del amor, no superadas aún por completo, y en parte de reacciones de repulsa de los instintos del yo, los cuales pueden alegar motivos reales y actuales en los frecuentes conflictos entre los intereses del yo y los del amor. Así, pues, en ambos casos, el odio mezclado con amor puede retrotraerse a la fuente de los instintos de conservación del yo. Cuando la relación amorosa con un objeto determinado queda rota no es extraño ver surgir en su lugar, circunstancia que nos da la impresión de una transformación del odio en amor. Más allá de esta descripción nos lleva ya la teoría de que en tal caso el odio realmente motivado es reforzado por la regresión del amor a la fase preliminar sádica, de manera que el odio recibe un carácter erótico, produciéndose la continuidad de una relación amorosa.

La tercera antítesis del amor, o sea la transformación de amar en ser amado corresponde a la influencia de la polarización de actividad y pasividad y queda subordinada al mismo juicio que las casos del instinto de contemplación y del sadismo. Sintetizando, podemos decir que los destinos de los instintos instintivos son sometidos a la influencia de las tres grandes polarizaciones que dominan la vida anímica. De estas tres polarizaciones podríamos dedir que la de "actividad-pasividad" es la biológica; la de "yo-mundo exterior", la real; y la de "placer-displacer", la económica.

Otro de los destinos de los instintos merece capítulo aparte: la represión.